

# Italia: una película real

HENRY LUQUE MUÑOZ\*

## Crónica desde Italia

Cuando emergí de las aguas del sueño, me encontraba en la pedregosa playa de una estación de tren. Todavía entre esa caja mágica que fabrica túneles y paisajes, corrí la cortina para ver mejor la película de lo real. La ventanilla me trajo la imagen de una pareja que se mordía despiadadamente, con esa pasión encarnizada que Drácula habría codiciado para su más terrible noche de amor. Racimos de monjas se entretenían admirando el chaleco antibalas del policía, aquella coraza de prodigiosos hilos de acero que lo hace inmortal. El andén se transformó ante mis ojos en una rampa —como la preferida por los rockeros de Memphis— y rebasando colinas de maletas aterrizó, tras ágil pirueta aérea, un adolescente de cachumbos, en su motocicleta humeante. Del otro lado descendió una trigueña total. Hacía taconear el esqueleto y aunque en el aire flotaban veintidós grados irrefutables de temperatura, ella lograba lo imposible: balancearse embutida en abrigo de gruesa piel invernal, como si nada. Tampoco lucían muy naturales sus labios dibujados en húmedo color turquesa.

El súbito estallido de sirenas me puso tembloroso, el caballo férreo renqueaba de vez en cuando pero ya no salió a tiempo, por sobre los aleros se desbandaron tañidos de campanas y entonces no me quedó duda: Italia me cercaba por todos los costados. El escenario

---

\* Poeta, escritor, profesor universitario, miembro del departamento de humanidades de la Universidad Central.

desapareció con la irrupción de vagones repletos de inválidos que saludaban tras los vidrios, grandes avisos aleteaban en la testa del convoy: "Peregrini-Lourdes". Seres de apariencia terrenal y vestidos con más colores que baúles de acuarelas revueltos por un chimpancé se instalaron en mi compartimiento; fumaron luego un cigarrillo que hacían circular devotamente entre ellos y que olía a misteriosas hojas aromáticas. Cuando el aparato empezó a zarrandearse, se santiguaron en ademán piadoso. Estaba claro que penetraba a ese mundo habitado por un amasijo de barroco desleído y surrealismo pintoresco.

Ya en el camino hice amistad con un napolitano. Me explicó por qué jamás se quedaba los fines de semana en su ciudad natal ni en ninguna otra parte del sur de Italia. Particularmente en los días de reglamentario ocio, los matones circulan en sus naves a velocidades endemoniadas y la diversión favorita durante sus sangrientas persecuciones, es incorporar a los transeúntes a la aventura, convirtiéndolos en blancos móviles. (Aunque Italia es muy católica, los bandidos laboran los domingos). Para este manso padre de familia, cada almanaque incluía 52 mortales fines de semana y los demás días los calificaba "de agonía". Había estado en la guerra, fue preso bajo la bota de Mussolini, y años más tarde se vió con medio cuerpo en el más allá, cuando un zapatero del vecindario le desgarró las entrañas con una lezna, por escribirle a su mujer un acróstico de metáforas calientes.

Al llegar a *Roma-Termini*, debí separarme de ese extraño siete vidas que fosforecía encadenado por sus enormes anillos de culebrero. Sin embargo, quería ahondar en ese sur emocionante y descrestarlo. Así que el único modo era comprar el pasaje hacia Palermo y continuar. A las cuatro horas tenía enfrente la plaza Garibaldi de Nápoles. Al descender, inventé una cara rígida, de mafioso en viaje de trabajo, para que nadie sospechara el pánico que me golpeteaba debajo del bolsillo izquierdo de la camisa. Pasada una semana todo estaba claro. Presencí cómo, rutinariamente, burócratas madrugadores desperdiciaban con infantil goce su pistola, en las trincheras interiores de los buses urbanos. Si los días fueran de cristal vivirían hechos añicos. Cada diez minutos irrumpen sirenas desde el lomo de alguna ambulancia. A la entrada del hospital pude advertir que con breves intervalos estos carruajes llegan acezantes, escondiendo su carga febril, mientras exhiben el ostentoso crucifijo de color de

sangre. Observé de cerca el ingreso rígido de la camilla que portaba a un guardameta en traje de batalla; había sufrido un paro cardíaco cuando el equipo contrario le atornilló el gol número once. También ví, pero ya en uno de los quince canales de TV que hay ahora, cómo un joven desalmado tuvo la descortesía de asesinar a su noviecita por la espalda, sin la más mínima delicadeza. Y algo que faltaba: el administrador del hotel me advirtió desde la primera mañana con reposada caballerosidad napolitana: "Señor, le aconsejo volver temprano. No se vaya usted a dormir en la calle porque le roban hasta los sueños". Puse esta consigna en mi corazón y teoriqué: la verdadera salvación sería regresar ahora mismo a Colombia.

No lejos, un cadáver gigantesco empieza a oler a medida que me acerco. Es el cuerpo destrozado de Pompeya. Hace dos mil años cayó envuelta bajo el furor ígneo de ese dragón que fue condenado a velar sempiternamente a su víctima, el Vesubio. No ruge desde 1944, cuando aterrorizado por la Segunda Guerra Mundial, vomitó bilis horripilante y abrasadora. Ahora sólo fuma su cigarro azufrado que heredó de subyacentes antepasados y del agua de lluvia que se filtra en sus escamas. ¿Qué se conserva en Pompeya?. Palimpsestos, columnas que no se cansan de permanecer de pie, momias frenéticamente enlazadas para toda la muerte, mientras por sus calles resuena el murmullo de sus 25.000 almas que no dejan dormir.

Como en la poesía china podemos dejar abierta la puerta de las interrogaciones. ¿Qué será Italia?. ¿Será las brasas rapaces con que amenazaron a Dante?. ¿Será el Coliseo, aquel gigantesco pabellón donde emperadores carniceros hacían masacrar a fieros gladiadores?. ¿Será la *Piedad*, de Miguel Angel, agredida a martillo por un loco?. ¿Será la palabra no dicha de Julieta a Romeo?. ¿Será la Flora, salida del pincel de Botticelli, que se conserva encinta desde hace más de cuatrocientos años?. ¿Será el *príncipe* Maquiavelo?. ¿Serán los melodramas de Scarlatti?. ¿Será la tumba de Keats?. ¿Y Garibaldi?. ¿Será el látigo de Marcello Mastroiani en la película *8 y 1/2*?. ¿Será el delirante grito de la multitud puesto en el guayo de fierro del mundialista Gentile?. ¿Serán los escándalos financieros —tan de moda hoy en Italia— aderezados con el nombre de algún Cardenal?. ¿O la cámara fotográfica de Gina?. ¿Será esa plasta popularizada por los norteamericanos en la guerra, la *pizza*, que se prepara mejor en el extranjero?. ¿Será las baratijas dominicales de *Porta Portese*?. ¿Será la desangelada *vía Veneto*, dos cuadras de

vitrinas que podrían estar en cualquier ciudad?. ¿Será la *piazza Navona*, la que se dice más animada, donde los menesterosos orinan en la cara de las esculturas?. ¿O será, más bien, la contaminación auditiva, que allí alcanza el nivel más alto del mundo?

Ya en Florencia se me apareció la mujer más linda del mundo. Una ráfaga de temblor erizó mi piel y el fogonazo de su parpadeo me obligó a dar un paso atrás. Estaba envuelta en el aura de su transparencia mágica y la adelgazada línea del rostro traducía una perfección sobrenatural. Predestinado sólo para mirarla y para sentir la brasa de su cercanía imantada, se me desvaneció súbitamente en el gentío. Si hubiera logrado tocar su hierática sombra, habría conocido el secreto de la luz. Por laberintos me siguió el espectro de aquella nostalgia florentina, de aquella vestal angélica, con su vestido de un azul embriagante, su quijada gótica, sus pelos flamígeros y sus manos de tibio azafrán, inmóviles por el toque del embrujamiento. Aquella nostalgia fue pintada por Filippo Lippi y bautizada con el nombre de *Maddonna*.

Si Dante, Giotto, Leonardo, Botticelli y Donatello resucitaran, y sus fantasmas coincidieran en el mismo lugar, se reconocerían de inmediato pues además del tembloroso hilo creador que los une, estos paisanos nacieron en Florencia, donde es preciso andar con el pescuezo vuelto hacia las alturas: cúpulas, frescos, vitrales, mosaicos y donde todo sigue la ruta ascensional del paraíso. Superados los 463 peldaños que elevan hasta la cúpula del *Duomo*, ya se salva la primera prueba para trepar a las esferas celestiales. A propósito, Fedor Dostoievski, fervoroso creyente venido de Rusia, que dejaba traslucir en sus ojos la experiencia de la muerte, pasaba aquí con su entrañable Ana, ese verano caluroso de 1869, mientras saltaban de la galería *Pitti* a la *Uffizi*, embelesados en los cuadros de Rafael Sanzio. Se supo que a ella las vírgenes pintadas la miraban con ternura pues aunque su cuerpo todavía no lo revelaba, estaba encinta. El acababa de terminar, justamente en Florencia la escritura de "*El idiota*".

Verona, al norte, es una feliz maqueta a la que arquitectos sobrenaturales han premiado agregándole una colina de primorosa ubicación. Tiene sólo trescientas mil almas y un río dibujado que pasa por su corazón. Pero esta urbe que cabe toda en la mano del recuerdo, lleva su tragedia a cuestras; su luto ya no es secreto y tampoco invención shakespereana: de un extremo al otro proliferan

avisos necrológicos pegados en las paredes más visibles y firmados por padres de familia, en ese negrísimo rectángulo que imita el empaque de la muerte, y en los que lamentan que su hijo fulano de tal, acaba de morir a la edad de diecinueve años a causa de la sobredosis de heroína y hace el llamado para que no sigan su ejemplo. (Una foto fresca de la víctima en tamaño cédula, está adherida al aviso). En Verona el duelo ya no es entre Montescos y Capuletos. La lucha es contra ese ácido aterrador que pone ahora en la ciudad, el mayor número de muertes del país por esta causa. Tal estilo de morir va precedido de visiones fantasmagóricas, de la aureola de un éxtasis contaminado y como en los casos de intoxicación beatífica, las víctimas zozobran sin darse cuenta, llevadas de la mano de una alucinación entre babilónica y paradisíaca.

¿Y qué decir sobre Italia entera? En tiempos de Trajano, el imperio romano albergaba tantas prolongaciones, que no se alcanzaba a abarcar en el mapa con una sola mirada. La pelota del mundo estaba dominada por esa silueta descomunal que hundía una garra en Armenia, otra en Egipto, y al occidente dos más repartidas en (Gran) Bretaña y la península ibérica. Era la bestia de proporciones mitológicas que fecundaba en sus entrañas almas de humano perfil: el elocuente Cicerón y el aguerrido César, monstruos como Nerón y Calígula, deformaciones colosales como Tiberio. Aquel animal enflaqueció más tarde bajo sucesivas embestidas, tuvo ocasos y renacimientos y la pata que se salvó al final, quedó en lo que hoy vemos en el mapa que es Italia: esa bota de mujer cercada por tres mares, un boceto surrealista.

### **Venecia: El museo flotante**

Venecia, esa ficción cinematográfica, ha permanecido en apariencia igual desde siglos atrás y no hay diferencia perceptible al comparar el aspecto que hoy ofrece, con la fisonomía general que muestran las pinturas de hace cerca de cuatrocientos años firmadas por Francesco Guardi, Canaletto, Carlevarijs o Gaspar Van Wittel. Sin embargo, la realidad es otra. Venecia, como esos animales sagrados que han caído en desgracia, no puede esconder su descompuesto pellejo y una pena incurable la aflige: ya no puede cambiar de piel. En su panza milenaria hace la digestión la sociedad de consumo y bajo las patas de sus puentes se acumulan los restos de la moderna destrucción.

Pero el asunto no termina ahí. Otros testimonios lindan con la

fábula. La abismal noticia geológica que se conoce es que Venecia se hunde. La UNESCO se esfuerza por salvar este monumento colosal, esta ciudad-museo única en el globo. El flagelo la hiere con trazos fácilmente perceptibles en sus callejones, en las construcciones históricas. Son los signos de esa muerte lenta; estrías, desniveles, incisiones. No basta inyectar arena en sus cimientos para compensar la fragilidad del limo. Y las corrientes marinas no perdonan; cada vez que la garra del mar suelta su manotazo, el corazón de Venecia tiembla. Anualmente algunos centímetros de descenso se agregan a la contabilidad del horror. Aquí la aritmética zozobra: hay ejemplos en que el visible *primer* piso de una edificación es, en verdad, el *segundo*, pues la planta baja, a punta de ceder, se ha convertido en residencia submarina. Otro dato: una fábrica extranjera contamina con sus escombros determinadas obras artísticas. Los mosaicos de la basílica de San Marcos se han venido enlutando con esa mano bárbara.

Cuando se viaja en otoño o invierno a Venecia —y aún en la primavera— se advierte que muchas habitaciones permanecen sin luz al caer la noche: árabes y norteamericanos adinerados compran o toman en arriendo casas y apartamentos que sólo utilizan durante los tres meses del verano, desplazando así a moradores venecianos. El otro azote es la lubricidad ambiental que invade firmemente los huesos. Ya en octubre se empieza a inundar la pequeña urbe flotante y los venecianos saben que es mejor dormir en las plantas altas, a menos que su deporte sea practicar la natación en las noches sonámbulas.

En Venecia no es suficiente que haya una iglesia por cada 2.500 habitantes ni que se eleven colectivas súplicas al cielo, a fin de que la marea cese de treparse a las paredes en complicidad con la lluvia. Los cuatro caballos de bronce que durante siglos han soportado estoicamente aguaceros y relámpagos, erguidos sobre la parte frontal de la imponente basílica de San Marcos, han exigido que se les cambie ahora mismo de lugar. Y fueron escuchados porque en esta hora descienden para ser colocados en un confortable museo. Se afirma que Constantino los envió desde Roma en 1204, aunque otra versión señala que formaron parte del botín que trajeron los venecianos de Constantinopla. En 1797, los corceles tomaron unas breves vacaciones de dieciocho años. El lugar elegido fue el de siempre: París. No sería extraño que este traslado fuese obra de Napoleón. Museos de algunos países exhiben lamentables vacíos. Entonces ya se sabe, a Su Majestad le encantaban los souvenirs.

Volviendo en el tiempo se recuerda que el evangelista San Marcos murió en Alejandría. Mercaderes venecianos cubrieron su cadáver con carne de puerco, para evitar que los musulmanes lo tocaran, luego de empacado lo despositaron en la goleta que lo trajo a este brazo del Adriático. La basílica de San Marcos fue construída de 1063 a 1073, para guardar el sepulcro de dicho santo y es difícil encontrar una construcción que combine tan espléndidamente diversos estilos: bizantino, románico, gótico, renacentista, árabe-morisco.

El vecindario de la basílica no es menos envidiable. Trátase del palacio Ducal. Tiziano y el Tintoreto pusieron aquí su mano mágica y también el susodicho Bonaparte que solía llevarse una que otra muestra de lo que éstos pintaban. En una escalera —antaño de libre acceso— que da a la *Sala del Senado*, hay un buzón único. Es la *Cabeza del león*, cuya función era comunicar al hombre de la calle con la justicia máxima. El ciudadano podía depositar allí su protesta anónima, denunciando irregularidades del gobierno. Flor de paradojas: no buscaban al autor para apresarlo sino que ordenaban investigar de inmediato las anomalías reveladas. En algún corredor llama la atención cierta joya aislada en una vitrina: el clásico cinturón de castidad, emblema auténtico de aquella época y cuya cualidad era estar íntegramente forjado en metal. Pesa livianos treinta kilos. Se prohíbe forzar las púas.

En el siglo X, Venecia controlaba el mercado del Mediterráneo; famosa por su audacia política, se opuso siempre a la dominación extranjera. Y fue tan grande que tuvo su caída. La historia de la ciudad abunda en testimonios llamativos:

Una mañana de 1295 fue visto un fantasma en Venecia. Llevaba las ropas raídas y la tez achicharrada por el sol. Si se hubiera calculado su edad por la experiencia que acumulaba, habría que adjudicarle cientos de años, sumergirlo en el tiempo bíblico. Sin embargo, su apariencia no llegaba a los cuarenta. Había escapado de la muerte, ese mal del que según Sófocles nadie se salva. El gentío se amotinó en torno a este alucinado que afirmaba ser más veneciano que todos los otros juntos. Inventó que había sido gobernador en Mongolia, país que nadie conocía, y que reyes de imperios lejanos lo habían colmado de joyas y hasta habían puesto bajo su protección a las propias hijas. La gente montó en cólera ante el miserable embustero; el fantasma y su hijo respondieron con una

fiesta a la que asistió también la plutocracia. Allí, como en un acto de prestidigitación sacaban de mugrientos talegos prendas de tejidos asombrosos, piedras preciosas y otras sorpresas que repartían generosamente entre los invitados. Entonces comprendieron que se trataba de un fantasma con dignidad y que todo cuanto había contado era real. Se llamaba Marco Polo y había regresado a Venecia con su hijo Nicolás, después de veinticuatro años de destierro.

Al cruzar por el *Puente de los suspiros*, que sobre uno de los canales une el juzgado con la cárcel, es inevitable recordar a Casanova, ese vil mujeriego tantas veces consagrado en la cripta del machismo. Es falso que su profesión haya sido la de seductor. Fue algo mucho más que eso. La aparición de Casanova (1725 - 1798) coincide con el decaimiento del barroco italiano y, en general, con la decadencia de Venecia. Aventurero no por capricho personal sino porque era reflejo de la arbitraria vida socio-política que caracterizaba a Venecia en aquel período. La desaparición de Casanova coincide prácticamente con la invasión napoleónica. En la madurez, se recluye a escribir sus memorias para ser lo que siempre había sido: un humanista con veleidades de comerciante, que ejerció la diplomacia —nada difícil para él que dominaba varios idiomas— y fue varias veces tocado en su corazón por las nostalgias de amor. No murió en esos atentados que dan prestigio a seductores inexpertos, tampoco asesinado por la espalda a manos de un marido celoso. Se extinguió rodeado de sus libros más queridos y como secretario de letras de un príncipe alemán.

Venecia es la única ciudad del mundo donde las gaviotas persiguen a los taxistas acuáticos y donde para recibir el correo se precisa alargar un canasto por la ventana. El vaporeto, esa especie de bus o gran taxi colectivo, recoge cotidianamente pasajeros en los canales. Es lo más parecido que he visto al Arca de Noé. Aquí es fácil hallar representantes del más alejado rincón de la Tierra y en esa nave concurre también gran parte del movimiento de la ciudad. Luego de aguardar en el movedizo paradero, sólo es posible tener acceso a dicho transporte en un duelo en el que todos los miembros se ponen a prueba. Tras el hábil intercambio de codazos, se adelanta la matutina veneciana de pelos agondolados, mientras arrastra la bolsa del mercado y exhibe su rugiente niño terciado a las espaldas, en zig zag audaz, la supera el rubio trashumante, de biblia y marihuana al cinto, queda rezagada la mujer del

magnate al enredársele su collar de eslabones de oro en el garfio de una descomunal lámpara, imitación murano, —que porta el turista de algún país en vías de desarrollo—; una joven de quince años estruendosamente embarazada se refugia en una esquina y alguien hace trepidar su transistor que evoca el último encuentro jugado por el Juventus, de Paolo Rossi. ¿Quién vence en esta secreta y feroz olimpiada?. El asiento de adelante lo han ganado dos macizos italianos del sur, el segundo lugar un turista de habla inglesa y su perro salchicha, el tercero las cajas que empuja una sombra de párpados árabes. Después el gato —siempre hay uno en cualquier rincón de Venecia— y para rizar el rizo en aquella ejemplar feria de estranguladores, un grupo de parlanchinas, de robustos pulmones, potencian el drama. Los últimos, abandonados a la lona y a su mala estrella, son una constelación de viejos que después de tirar la toalla, cierran al unísono la batahola con el inmortal estribillo de "Máma mfaaa!". Toda vez que no hay tregua, crece luego el excitante zarandeo del bajel mítico, en el que se vapulean hijos de aquellas clases sociales de los más diversos países, y un fantasma recorre la nave: la incertidumbre de no saber si hay que llegar a nado al próximo paradero.

De cara a uno de los canales de Venecia se encuentra, además de la sorprendente *Accademia*, la galería Guggenheim. Su admirable colección de pinturas posee muestras de Picasso, Dalí, Magritte, Delvaux, Tanguy, entre otros. Todo era propiedad de la señora Peggy Guggenheim, casada con uno de los pintores incluidos en esta exposición permanente, en matrimonio que nació y murió con la Segunda Guerra Mundial. El era enemigo de Hitler y había soportado tres campos de concentración nazis. Fue la más terrible experiencia vivida por Max Ernst. Se trataba de aquel alelado que hoy conocemos por la densa poesía de sus imágenes y que un atardecer de 1911, cayó seducido bajo el influjo magnético de Picasso, a través de la exposición llevada a la ciudad de Colonia. Ese instante cambió para siempre la vida de Ernst, convirtiéndolo en pintor.

Las guías turísticas tienen razón. Venecia es imprevisible. Fachadas insólitas, espléndidos mosaicos, frescos irrepitibles bajo el hollín, puentes afiligranados, moho y latas de gaseosas. Pero en rigor Venecia no es una ciudad. Es una casa flotante. Todo en ella es interior, todo viaja hacia adentro. No está hecha para las multitudes sino para las personas. No hay autos que mortifiquen el oído y el olfato, ni siquiera las tímidas bicicletas. No abundan

las plazas sino los patios. Tampoco avenidas que nos roben el espacio. Y nada de calles, solamente corredores, zagüanes, abiertos y espigados pasillos para hablar en secreto; en cada recodo una fuente y todo coronado por el tañido de las campanas. Los breves canales son arroyos íntimos que pasan. El agua, rumor familiar. La forma global de Venecia tiende al círculo, es decir al código de la pasividad. Tal vez por eso se hunde. La tiniebla individualiza sus fronteras.